

# El Cuento Semanal



---

---

## La primavera y la política

---

---

POR

EMILIANO RAMÍREZ ÁNGEL

Ayuntamiento de Madrid

:: :: :: Ilustraciones de Anca :: :: ::

30 céntimos



# El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.-MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 7 de Julio de 1911. — NUM. 236

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.  
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre  
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

## REMEDIO DIVINO

**ANTIRREUMATICO** infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

## PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.<sup>a</sup>

MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

## Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.<sup>a</sup>

LEASE BIEN EL PROSPECTO

## ¿TENEIS CALLOS?

¿Por qué estabas ayer quieto  
Y por qué estás hoy bailando?  
Es porque me estoy curando  
Con el CALLICIDA CUETO!

Frasco con pincel, 0,75 céntimos

VILLEGAS: Plaza del Angel, 16

y en todas las buenas farmacias

## COLECCIONISTAS

SE VENDEN GRABADOS INGLESSES LEGITIMOS, MUY BARATOS

RAZON EN ESTAS OFICINAS

## ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros suscriptores cuyos vencimientos han finalizado en 30 de Junio último, se sirvan remitir el importe de su renovación para no vernos en el caso de tener que interrumpirles el envío de ejemplares

## TAPAS

para encuadernar el primer semestre de este año de EL CUENTO SEMANAL

Son sumamente lujosas y artísticas :: :: Precio: 2 pesetas

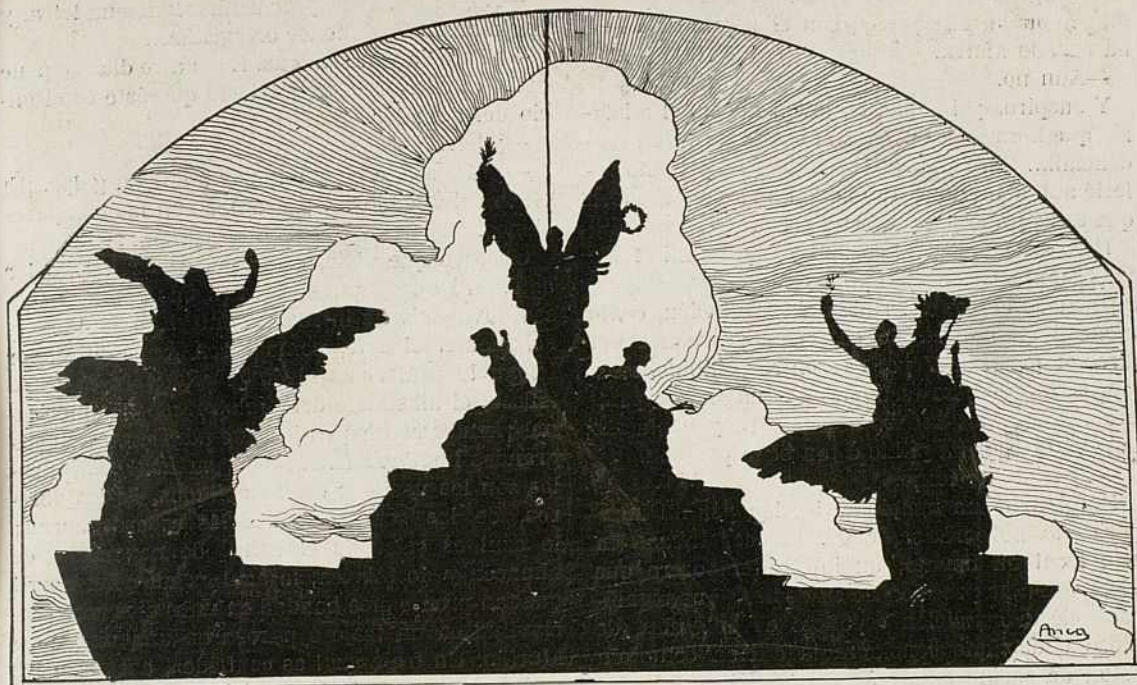
:: :: :: Acompañad 0,25 céntimos para el certificado :: :: ::

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

POR UNA NOVELA UN ALMA

Ayuntamiento de Madrid POR JESÚS R. COLOMA





E. RAMIREZ ANGEL

## LA PRIMAVERA Y LA POLITICA

### I

—¿El señor López Hoyos?

—Servidor de usted.

—Muy señor mío. Yo soy Cristóbal Romero el...

—¡Ah! Sí. Tanto gusto. Ya me había tablado de usted el señor director.

—Venía á ponerme á sus órdenes. Advierto á usted, con el necesario pudor, que nunca estuve en una oficina; pero vengo animado, como dicen muchos políticos, de los mejores deseos.

Al señor López Hoyos debe de hacerle gracia este lugar común, porque se sujeta los lentes y se echa á reír.

—Perfectamente. Pues tome asiento, que ahora vendrá Ruiz y le pondrá al corriente. Es usted muy joven—añade levemente asombrado.

Yo hago un gesto ambiguo que quiere ser doloroso y me siento cerca del único ventanal.

El secretario, ante su mesa inundada de papeles, trajina con ellos. Es un muchacho alto, cetrino, nervioso, cuyo vientre va combándose en

una suave curva burguesa. Los muebles de esta oficina son nuevos; las paredes altas, pintadas al temple; el entarimado suelo reluce á fuerza de cera; cerca de mí, en un ángulo, reposa sobre su mesita una máquina de escribir cubierta con su caja barnizada donde campean escritas en oro las palabras *Yost Typewriter*. Todo cuidado, nuevo, apercibido al duro trajín de una dependencia oficial. Cerca de la mesa del secretario, á discreta altura, surge de la pared la boca, negra y expectante, del teléfono.

—¿Mucho trabajo?

—¡Oh! Enorme. Al principio creí que fracasábamos. Es una verdadera invasión de papel; yo vengo por la mañana y por la tarde y me falta tiempo para despacharlo todo. Después de cenar escribo minutas; en el tranvía voy leyendo cartas; mientras mi hija juega con su madre, yo consulto el Alcubilla.

—¡Ah! ¿Pero está usted casado?...

—El señor López Hoyos vuelve á sujetarse los lentes y, después, sonríe.



—Tengo una niña de veintidós meses que es una monada. Estoy loco con ella. ¿Usted no se ha casado aún?...  
—Aún no.

Y suspiro. ¡Si supieras, joven López, el misterio que llora en mi vida á la sombra de una credencial!... Sin embargo, considero inoportuno referir aun someramente mis cuitas á este hombre que es sagrado porque tiene prisa.

Pero ante su charla cordial y rápida, mi recelo va disipándose. Es simpático este señor Hoyos, á pesar de los lentes. Habla sin afectación, como ajeno á su importante cargo de secretario del director general. Y yo, que entré cohibido, noto cierta tranquilidad fecunda en ademanes y palabras. Muevo los brazos con soltura y hasta me lanzo á ofrecer un pitillo á tan bella persona.

—Gracias; no fumo.

Recelando una incipiente lección por mi inexperiencia burocrática, callo. Ofrecer tabaco en este local un novato, un infeliz temporero que viene á tomar posesión de su destino, ¿no significará cierta condición española de holgazán, de mozo cínico que considera la oficina como un salón de casino donde se toma café, se charla, se fuma, se reniega y se ríe, con perjuicio de los expedientes sin tramitar?...  
Evidentemente «he metido el pie». Un secretario particular, ¡qué! un funcionario cualquiera, debe tener la virtud de desdeñar el tabaco, símbolo de ociosidad y gandulería. Nada, le he metido.

—Buenas, señores.

—Hola, Ruiz.

Ruiz entra, me mira de reojo y se quita la capa. Respetuosamente, me pongo de pie.

—¿Qué hay, don Manolo?—pregunta Ruiz con sospechosa melosería de andaluz y un poquito de afabilidad de siervo.

—Aquí el nuevo compañero D. Cristóbal Romero. Viene con ganas de trabajar. Y me parece—añade el señor López Hoyos humorísticamente—que no se va á quedar con las ganas.

Reímos todos. Me parece que hay más luz en el salón.

—Perfectamente. Pues venga usted por acá. Le dedicaremos al registro, ¿no le parece, don Manolito?...

Como un borrego marchó detrás de las eses mudas y de las haches aspiradas del andaluz.

Penetramos en la habitación contigua, más amplia pero menos limpia, donde hay cuatro mesas, bajo cuatro lámparas pendientes del alto y ennegrecido techo.

El amigo Ruiz charla demasiado. Dice que abunda el trabajo; que lo siente por mí; que «des voy á aliviar bastante» y me ofrece un cigarro. Este buen andaluz debe trabajar poco. Temo que mi aire tímido y mi mirada atenta revelen una despreciable condición de «maroto».

—Siéntese aquí. Ahí tiene tintero, pluma y papel. Ya le daré carpeta. ¿Usted ha estado en alguna oficina?...

—No, señor. Pero procuro hacer buena letra, y hasta presumo de tener ortografía...

—Ni media palabra más. En cuatro días se pone usted al corriente. Le advierto que éste es el oficio del aguador.

—¿Del?...

—Al tío este creo que le voy á dar un golpe. ¡El oficio del aguador!... ¡Caramba con las comparaciones!...

Observo que viste, como yo, de azul. El color azul, en los trajes, me ha inspirado en otras épocas, divagaciones intrascendentes. Lo azul no es, solamente, el arte, como dicen que dijo Víctor Hugo; lo azul es también el aliado de la clase ínfima, el alcahuete del proletariado de americana. ¡Azules son los trajes que adquieren muchos grandes hombres fracasados, en *El Aguila* azules son los vestidos de los asilados, de los obreros, de los conserjes, bedeles y ordenanzas; lo azul es color de claustro, de negociado, de almacén y de fábrica; lo azul es un color servil que tan pronto dice bondad en unos ojos como esclavitud en un traje ó pureza en una virgen de Murillo. Un traje azul es «sufrido», aseguran los padres, esos padres sin ambiciones, estúpidamente resignados, que no escrutaron nunca el misterio de las vicuñas; lo azul es poético, afirman gentes bobas que jamás conocieron la melancolía de las *jergas ó cheviottes*... ¡Cuántas veces debía haber informado ante la Junta de Reformas Sociales una comisión de oficinistas en nombre de todos los vulgares, tristes, insignificantes empleados que visten de azul!...

Ruiz, ajeno á estas livianas especulaciones, encarpeta documentos. Yo, acomodado ante la mesa, examino rápidamente la habitación. Descubro otras tres máquinas de escribir con marcas distintas: Remington, Yost y Undervood; estas máquinas nerviosas, dóciles, que tanto carácter dan á las oficinas actuales con el ruido de sus teclas y el prestigio de su mecanismo complicado, entre el trepidar de los timbres y el paso acelerado de los ordenanzas...

Llegan otros dos empleados: Ledesma y Gárate. Ledesma viste, también, de azul; tiene cierta distinción. En cambio, Gárate, es un pobrete, que al desembarazarse de la parda capa, muestra su cuerpecillo desmedrado, su calva lustrosa y la pechera de su camisa cuadriculada por lamentables zurcidos.

Me miran, compasivos, y van á sus respectivas mesas.

Ruiz me protege.

—Es el nuevo compañero, agregado á Secretaría. Recomendado del señor director.

Los caros colegas guardan un silencio hostil. Quisiera ahora dar un empujón inaudito al tiempo ó consumir un hurto estupendo en las hojas del calendario para poder bromear con ellos y tutearles y saborear esa familiaridad de Negociado que permite un chiste cruel ó una «pulla» sangrienta...

—¿Entiende usted?—me dice Ruiz—. Ya sabe:



aquí, donde dice «tramitación» extracta la minuta que está escrita con lápiz. ¿Usted sabrá extra-  
tar? Es fácil. Procura ahorrar palabras. ¿Esta-  
mos?... En cuatro días se pone usted al corriente.  
¿Que hay, por ejemplo, una carta donde Don  
Fulano pide un destino para Hacienda y dice que  
tiene cinco de familia? Pues en la tramitación

—Oye, tú...—murmura, amostazado, Ruiz.  
—¡¡Já!! ¡¡Já!! ¡¡Jaáááá!!—repite Gárate—. ¡De-  
finitivo, amigo Ruiz!  
—Pero, señores ¿qué juega es esta?—pregunta  
otro recién llegado, alto, delgado, con cara de  
sacristán que se perfuma.  
—Nada; Ruiz, el divino Ruiz que está instru-



pone usted: Don Fulano interesa que se le colo-  
que en Hacienda, y se come usted la familia.

—¡Grasosio!—interrumpe Ledesma.

Gárate, á su vez, con estupenda tranquilidad,  
grita:—¡Já!... ¡Já!... ¡Já!...

—Señores—añade Ruiz—; estoy indicando aquí,  
al amigo, lo que debe hacer. Por lo demás, para  
tener más gracia que tú, Ledesma, que eres un  
«asaura», no se necesita mucho.

Ledesma, sin dejar de sonreír, replica:

—¡Cállate, Meloja!... ¡Qué instrucciones vas á  
darle al señor, si teniendo como dices «notable»  
en geografía, preguntabas la otra tarde qué es lo  
que hay detrás del Polo Nortel...

yendo á este nuevo compañero de lo que tiene  
que hacer.

El señor del rostro rasurado me mira de pies  
á cabeza, con impertinente atención.

—No le haga usted caso—me dice—á este hom-  
bre. Es el primer gandul del Ministerio. Le ense-  
ñará á no hacer nada.

—¡Y tú eres un guasón de muy mala pata!  
¿Dormiste ya la de cerveza que cogiste ayer?...  
¡Me caso en San Juan de Dios y qué sopladura  
pescó el amigo!...

En pie, silencioso, procuró sonreír á todos  
para no enojar á ninguno. Presiente, sin embar-  
go, una letal rivalidad entre estos compañeros



de negociado que conocen sus mutuos defectos y no se recatan para criticarlos en la primera oportunidad, entre sonrisitas taimadas y chistes peligrosamente fáciles.

—Bromas de estos amigos, que son unos idiotas—murmura Ruiz, dirigiéndose á mi—. No les haga usted caso. Aquí tiene usted pluma. ¿Usa usted de las de pico de pavo?

—¡Pico de pato, hombre de Dios! ¡Pi... co... de... pa... to!... ¡Pato! ¡Pato!—interrumpe uno.

—¡Pato... so!...—grita Ruiz, degollando un re-truécano.

Gárate, con seriedad cómica, repite su «patadura».

—¡Já!... ¡Já!... ¡Já!...

Evidentemente, presumo que esta oficina debe de ser muy encantadora. Quiriendo dar un giro á este diálogo jovial pero venenoso, exclamo:

—Sí; estas plumas me agradan. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Extractar estas cartas: anota el nombre del recomendante y el del recomendado. Si tiene alguna duda, pregunte.

Colocados los compañeros en sus asientos respectivos, Gárate se sienta frente á mí. El recién llegado, que se llama Paco Piñeiro, colócase frente á la *Yost* y bajo sus dedos ágiles las teclas suscitan un tic-tac monótono é inacabable.

De cuando en cuando suena un timbre. A veces se levanta Ledesma, á veces Ruiz, y avanzan presurosos hacia el despacho del secretario particular.

Yo, ante un montón de cartas, descifro firmas ó pregunto. Son cartas de personajes y personajes: todos piden algo. Por un momento me parece estar en pleno mundo esplendoroso, sintiendo cerca de mi vida obscura el brillo de las casacas de estos ministros, subsecretarios, directores y presidentes que escriben, con almbarrada efusión, á mi nuevo jefe, demandándole recomendaciones para despachar expedientes, lograr empleos, recabar traslados. Y otro hálito frío, de miseria y de duelo, me invade también. Hasta mí llega, atravesando estas cartas, el clamor de miles de gentes que suplican, que necesitan, que imploran, que adulan... Gentes que allá, en el rincón de su vida sórdida y miserable, piensan con respeto en estas secretarías particulares donde, bajo el estrépito de los timbres y de las *Yost* y de las conversaciones, creen que se hace el milagro de un favor, ó brota el rosal pomposo de una credencial...

A la media hora, Gárate saca la pitillera.

—¿Usted gusta? Son de Gijón, sequitos. Sequitos, en lo que cabe—agrega, deferente.

—No está mal la advertencia—replico—porque esta Compañía Arrendataria...

—Encienda usted.

—Permitame.

—De ningún modo. Usted primero.

—Vaya; mil gracias.

—De nada. Son cerillas de Madrid. Las de Ca-

rabanchel no arden. ¿Usted guarda las fototipias?...

Me place extraordinariamente este ciudadano previsor, galante, que acaso, de buena fe, pretende congraciarse conmigo. Sin embargo, me acuerdo de que otras tardes, á esta hora, he perfilado un pasabola, ó en la acera de San Jerónimo susurraba un madrigal ante una mujer bonita que miraba displicente bajo su sombrero *dernier cri...*

Registrando cartas, encuentro una donde un personaje pide una recomendación en favor de cierto pobre diablo. Y, venciendo cierto rubor, pregunto:

—Aquí se ha contestado que queda hecha la recomendación. ¿Dónde está la minuta?...

Piñeiro, el rasurado, contesta sonriendo enigmático:

—La recomendación dice que se hace, pero no hay tal.

—Es que...

—Nada; es lo corriente. Ya se acostumbrará usted. Aquí todo es *coba* pura. Hay poca gente que sepa lo que es una secretaria particular.

Y callamos luego. El timbre no deja de sonar. Yo, con la cabeza inclinada, escribo, escribo como si estuviese en clase y hasta me parece que saco un poco de la lengua. A las ocho y veinte de la noche, el andaluz dice:

—Arriba *tóo* el mundo. Se acabó lo que se daba.

Todos se levantan. Hay un trajín estupendo; plumas, cartas y papeles van á los cajones. Callan las máquinas. Me levanto y voy al despacho del secretario particular.

—¿Quiere usted algo, señor Hoyos?

—Nada, amigo Romero.

—Tanto gusto, pues... Hasta mañana.

—A sus órdenes.

Quando salgo á la calle es de noche. Detrás queda el portal del Ministerio, ancho y obscuro como un bostezo. Ruedan carruajes; lucen los arcos voltaicos. Estoy aturdido. Pasa un tranvía rápidamente y salto al estribo como si quisiera mi pecadora planta en el umbral de la gloria.

Voy á Madrid. ¿Y saben muchos cómo es Madrid, qué significa ir á Madrid después de haber estado cuatro horas preso entre papeles, oficinistas, ordenanzas y máquinas de escribir?...

## II

Quedamos, pues, en que la primavera es la maravilla mayor de las pocas catalogadas que en Madrid se conocen. Las mujeres pierden su centro de gravedad y llevan adheridas á sus zapatitos dos alas, como el dios de los comerciantes y los ladrones. A lo largo de las calles las acacias huelen como pebeteros, alfombrando el piso con su flor menuda. En el teatro Real reaparecen Bach, Haydn, Beethoven y Wagner. Lucen



las madrileñas sus medias caladas. Flamean en la Plaza de Toros los capotes de color. Blanquean los almendros; corre y salta la chiquillería en el Prado y en el Retiro; asoman á la carne los humores herpéticos, y una tarde de sol y de bienestar, fumando un «Murias» oloroso, luciendo unos zapatitos avellana y peripuestos como currutacos, entramos, solemnes, en el salón de Herranz y pedimos un refresco de plátano que nos sabe á gloria...

En primavera todo sienta bien; los trajes y las comidas; dan ganas de leer versos y hasta nos sentimos llenos de cierta inelable predisposición á que nos los lean; nos hacemos mejor el nudo de la corbata; creemos de buena fe en la necesidad de los sablazos; se nos rejuvenece la cédula personal; sorteamos con insólita ligereza los tranvías y autos; pensamos angustiadamente cómo hay gentes que pueden vivir sin conocer el aria de la *suite* en re, de Bach, ó el andante de la *sexta* de Beethoven, ó un *allegro* de Haydn; vemos cómo un rayo de sol puede burlarse frente á una ringlera de libros de filosofía y sonreímos, envidiosos, ante esos omnibus atestados de gente hasta la imperial que regresan, al anochecer, de cualquier casorio perpetrado en la Bombilla...

¡Oh, primavera gentil y sonora, llena de cigarras en el campo y de medias caladas en la Corte!... ¡Si hasta este año has llevado un soplo de poesía á las páginas grises é inodoras de la *Gaceta*!... Porque, como todo es renovación y tránsito y mudanza, y justo es que si caen las rosas se derroquen los Gobiernos, en plena primavera ha ocurrido una crisis política, gracias á la cual un excelente ciudadano, amigo mío, ha sido nombrado Director general de no recuerdo bien qué asuntos, y yo he tenido la fortuna de alcanzar un puestecillo humilde, remunerado parcamente, pero bastante á cubrir mis atenciones de mozo sin familia.

¡Gracias, señorita Primavera! Es la primera vez que como, por especial merced femenina. Quisiera pagarte con un himno escrito en romance heroico ó en octavas reales de aquellas en que tan pesados se pusieron ¡ay! bastantes veces Zo. rilla y Espronceda. Por fortuna, no pertenezco á la congregación del «ripio alevoso», que dicen en los periódicos festivos, y me limitaré á darte las gracias así, llanamente, de la manera más vulgar é inapreciable.

Por otra parte, las crisis políticas son necesarias. ¿Cómo viviríamos nosotros, los olvidados de la Fortuna, los que entre el rebaño de los felices pasamos inadvertidos, si todos los prohombres conservadores ó liberales desempeñaran sus cargos con acierto, equidad, discreción, honradez y competencia? Las situaciones políticas se eternizarían y los sufridos de la oposición revistaríamos el formidable ejército de los ayunos con un bostezo épico. En el turno pacífico de los Gobiernos se asienta un amplio y necesario sistema filosófico. Que dimita A. para que venga B. á

la poltrona ministerial, y así satisfaremos todos alternativamente la augusta función de ir comiendo.

Yo, repudiado por mi familia, solo en esta urbe, he observado un doloroso éxodo de café en casa de huéspedes. Por mi mala cabeza me retiró mi buen tío la pensión mensual que me enviaba casi todos los meses. Mi crédito en la hospedería y aun en el café iba eclipsándose. Cuando vergonzosamente ambulaba por este Madrid á la hora decisiva y melancólica del mediodía, empezaba á mirar con sospechosa delectación esos cocidos amarillitos y olorosos que los albañiles degustan en la vía pública, acompañados de su señora esposa é hijos. Habitados á la existencia tumultuosa y bastante libre del estudiante que no estudia—por lo menos en los textos—, sentía cierto pavor al pensar en un empleo que me produjese lo necesario para vivir. Esos locales sórdidos que huelen á obleas y á ratones, llamados enfáticamente oficinas, me abrumaban. Sin embargo, acosado por el apetito, que es un elemento domesticador de innegable eficacia, remedio heroico contra toda suerte de abulias, noté que en mi sangre había penetrado el microbio colarde de la resignación. Y, aprovechando ciertas campañas de la prensa ferozmente hostiles al Gobierno, discutí en los cafés, silbé en las manifestaciones públicas, berreé en los mítines, corrí, vociferando, detrás de los coches de los ministros é hice todo lo que buenamente pude por echar abajo aquella situación política, harto nefasta para los intereses del país y los míos propios.

¡Ah! Un anochecer la Puerta del Sol se hizo sonora como nunca. Los vendedores de periódicos voceaban: ¡España! ¡La Corres!... ¡Con las noticias de la crisis! Corrían los mozancones anunciando tan buena nueva, y entonces comprendí que sonaran tenaces las campanas de los tranvías y avanzaran frenéticos los autos y leyerran los hombres todos, sin distinción de «color político», aquellas hojas impresas bajo las ráfagas luminosas de los soportes. Bien muerto aquel Gobierno reaccionario, fernandino, que había empobrecido nuestra Hacienda y merinado nuestro territorio promoviendo una segunda guerra civil y colocándonos con su legislación en la *Gaceta* á la zaga de los países más incultos!... ¡Abajo L...! ¡Lejos B...! ¡Muera X...! Si la regia prerrogativa no corta, oportunamente, tan insensata labor, mi España hubiérase levantado, colérica y vindicadora, proclamando un radicalísimo cambio de régimen.

Total: que desde aquella noche yo tenía el «pan asegurado por una temporada».

Precisamente los diarios vespertinos indicaban á mi respetable protector y amigo para Director general.

Al día siguiente le felicitaría entusiásticamente, y veinticuatro horas después recibiría esa oda al cocido, firmada y con sello en seco, que algunos llaman credencial.

Y así fué. Imaginad el gozo de un hombre, con



ella en el bolsillo y paseando en pleno Madrid, que, por añadidura, huele á acacia. Mi emancipación iba á consumarse. Con mis cuatro pesetas diarias, como temporero, podría realizar el milagro, si no de vestir bien, al menos de prescindir de mi tío, recuperar lentamente el crédito en la casa de huéspedes y tomar café con el gesto grave del que no debe nada al camarero. Muy atrasadillo no me cogía. El negocio estribaba en que «mi jefe político» fuera también, como otro de célebre memoria, de los que gobernaban por «quinquienios».

La primavera es una escuela de optimismo establecida á *plein air*. El único inconveniente es el de asistir á la oficina con puntualidad. Pero, ¡ah, las oficinas del Estado! Salas de casino pobreton; ordenanza para el agua, café á escote, lectura de la prensa, mucho humo, desdén para el público, y de vez en cuando poner en limpio el traslado de alguna Real orden. Yo me las arreglaría. Además, con no faltar al Ministerio los días de nómina, todo arre-



glado. Me abonaría á los conciertos; tendría una novia formal y otra suplente para que me ayudase á soportar las bascas del jefe, y por las noches oyendo las «Marianas» á la Candelaria ó viendo á la Ursula en *El país de las hadas*, yo sería un hombre feliz.

Decididamente, el microbio terrible de la conformidad me secuestraba. Pero bien haya el tal, si la resignación es bálsamo, cauterio y armadura para presenciar impávido el espectáculo, excesivamente cruel, de la vida; de esta vida incoherente, partida en sol y sombra como los circos taurinos, donde en una mitad maldicen los que se quedan sin comer frente á los afortunados que engordan y se ahitan.



La obertura wagneriana de Rienzi pasó sin pena ni gloria para mí. Sonaron los aplausos, no muy nutridos, «de respeto», al maravilloso creador de *El Anillo del Nibelungo*, esa tetralogía que tiene trozos de rara hermosura y escenas de rara pesadez. Porque yo soy uno de los pocos melómanos madrileños que se atreven á confesar, cuando oyen, por ejemplo, el tercer acto de *Sigfrido*, que se duermen profunda y definitivamente.

Tocó después la orquesta uno de los Conciertos de Bradenburgo, de Bach. ¡Amado Juan Sebastián!... Adopté deliberadamente una *posse* absurda para replegarme, para aislarme, para fugarme de este conglomerado de gentes que se abanicaban, cuchicheaban, tremantes de emoción, ó tosían, vencidos por un impertinente constipadillo. Tuvo siempre este espiritual compositor una fuerza de incalculable sugestividad. Oír á Bach es quedarse sin carne, sin prejuicios, sin calor y sin apretujones. Todo se hace alma para oírle; todo se sutiliza, se postra, se transfigura... Wagner será el nervio, Beethoven puede ser el músculo; pero Bach, Bach el divino, es el golpe tumultuoso de la sangre...

Mientras concertadamente entrelazados, la flauta y el violín, desdoblaban un *allegro* único, cauteloso y lento, miré en torno mío, desde mi fila séptima de paraíso. Siempre que las gloriosas melodías del maestro de Eisenach emergen del escalenario del Real, me gusta ver al público cómo le escucha. Es un espectáculo deleitoso que resiste toda comparación.

Inmóviles, como escultipos, los espectadores, inclinados ligeramente hacia la orquesta, detienen los ojos en un punto problemático de la sala ó abaten la cabeza hundiendo los engarfiados dedos en el cabello. Alguien, nervioso ó pedante, lleva el compás, moviendo el cráneo; hay quien cierra los ojos entreviendo un fondo ideal (disimulando, tal vez, cierta execrable somnolencia); pero todos, casi todos ellos, oyendo á Bach, tienen cara de seres bondadosos, optimistas y confiados, en cuyo corazón la música promueve una briosa y fecunda revuelta...

¡Si Bach sonara en todas partes, en los templos y en los negociados, en las minas y en las bibliotecas, en los prostíbulos y en las comisarías, en los ministerios y en los jardines! ¡Ja

más hallaran los sociólogos más útil y eficaz colaborador. El puñal y el artículo de fondo no existirían; la hipercloridia y el proyecto de ley serían cosas perfectamente inexplicables; despolvaríanse los templos, encauzaríase la cosa pública, pasarían al olvido esas trivialidades que se llaman crisis, lotería, moda, cursilería, litigios, disciplina, homeopatía y erudición; y Don Joaquín Costa, si viviese, abandonara su retiro de Graus para correr á la Moncloa donde, bebiendo aire puro, en lugar de esa gaseosa que tanto apeteció, proclamaría la definitiva resurrección de España.

Pero he de interrumpir mi gozosa divagación. A mi izquierda, dos filas atrás, acabo de descubrir una muchacha que, bien erguida y gentil, mira hacia el escenario llevando el compás.

Es bonita, muy bonita y menuda y morena. No me ha visto; no ve á nadie. Se adivina que se sabe de memoria á Bach. Sus ojos brillantes, su busto estremecido, su pecho palpitante, su boquirrita entreabierta lo dice. Debe de oler toda ella á rosas; al verla así, ensimismada, anhelante, plena de devoción, toda mi sentimentalidad se remueve.

Poetas y escritores han hablado de muchas mujeres que constantemente pasan bajo el madrileño tumulto, dejando una estela de ruido y de luz. Se han dicho palabras acerca de la mujer que es rubia, miope y mira tras su binóculo de concha desde la altura de un auto; de la mujer que lee novelas eróticas y escribe recatados billetes á su autor predilecto; de la mujer que á las ocho de la noche abandona el obrador y rie loca por la acera buscando piperos de estudiante; de la mujer que hace encaje de bolillos detrás del balcón y toca vales dulzones en su piano de alquiler; de la mujer que tiene un nombre extraño, que viene de remoto país y que pasa por nuestra vida con un vuelo bajo y jovial de golondrina; de la mujer que viaja en expreso y de la mujer que posa, desnuda, ante un lienzo; de la mujer que guiña, picaresca, los ojos desde el escenario de un *music-hall*, ó de la mujer que nos adormió de pequeños y nos amonestó de jóvenes; de la mujer que salva y de la mujer que adormila; pero nadie habló, que yo recuerde, de la mujer que una noche de primavera, en el paraíso del Real, llevaba con la grácil cabecita el compás de un *allegro* radiante de Bach...

Desde este momento caigo en un sopor exquisito. Ya me importa poco que mi compañero silbe á Debussy mientras otros aplauden; que cojee ante «el efectista» Tchaikousky; que gesticule, grite, condene ó vitoree y censure toda imprudente manifestación aprobatoria del público, murmurando con adustez:—¡Ahora, ahora vendrá Beethoven y veremos!...

El público abandona sus asientos, precipitándose hacia el salón de fumar, formando grupos, comprando el *Heraldo*, ingurgitando esa cerveza, cara y caliente, que expenden en todas las cantinas y ambigú de teatro. Sólo las muchachas



con sus madres, y algún novio, permanecen en las localidades, curioseando con sus gemelos las mujeres pulidas de los palcos laterales.

La muchacha ha advertido que la miro con gratisima voracidad. Es una de esas mujeres que cada vez que se las contempla ofrecen una belleza más, como ocurre cuando oímos de nuevo una sinfonia beethoveniana. Lleva una blusita azul pálido, bajo la cual se insinúa el brazo redondo, el pecho goloso, la carne palpitante y moza. Al lado, un caballero con lentes, leyendo indiferente un diario, pregona que es el padre.

Definitivamente bonita esta muchacha. Mira con sencillez y me hace sospechar que no es una de tantas aficionadas cargantes y miopes que por estas huracanadas alturas se encuentran. Simpatizar con Bach es indicio elocuente y sabroso que excluye la inevitable frivolidad femenina. Y no es que me gusten las bachilleras ó letradas, sino las que saben ser en todo momento, como dijo el poeta, sentimentales, sensibles y sensitivas...

De vez en vez cruzamos una mirada. Ha comenzado la segunda parte; el director, un alemán insigne, mueve el brazo derecho con rigidez mecánica y deja caído, muerto, el izquierdo. Suena un andante, de Brahms.

Ella escucha sin moverse, bajo el criptico silencio de la sala. Como distraídamente, gira la cabeza un poco, atusa algún cabello rebelde y, entonces, me mira.

Yo debo de tener un gesto singular, gesto de hombre enamorado de repente en un sitio donde hay que permanecer, inexorablemente, quieto y mudo. Pero estoy segurísimo de que nos comprendemos; de que algo, supremamente decisivo, nos une.

En un paseo esto hubiera sido difícil; aquí, no. Aquí, en el paraíso, conocemos la mitad de nuestra condición, la mitad de nuestra posición. Un *Sherlok-Holmes* insignificante compartiría nuestro criterio. Todos los que ocupan estos asientos numerados se dicen con los ojos: «Ya habréis comprendido que no cortamos el cupón ni nos espera coche, porque pobre se necesita ser para aguantar tres horas en una localidad como ésta; que amamos la música porque es lo único que nos aupa, nos vindica y nos liberta, y que, por consecuencia, no concedáis gran importancia á nuestras hijas si llevan blusas algo elegantes, ni hagáis caso de nuestros gestos de superhombres porque, sin inmodestia, somos unos infelices...»

De modo que yo, fácilmente, puedo sospechar la vida de esta mujer; y ella, á su vez, imaginar la mía. Se equivocará en pocas pesetas al calcular mi sueldo de empleado ó mi pensión de estudiante; marraré yo, ligeramente, en cuanto al Ministerio donde su señor padre presta sus servicios. Pero que tiene cara de oficial tercero de Administración, eso es innegable...

Señor, ¿qué cosas piensa uno oyendo á Brahms!... Verdad es que estas prosaicas reflexiones me las he hecho con el ártico un de an-

marme á seguir á esta muchacha. Tratárase de una rica, rica á simple vista, sin zahorismos ni requisas laboriosas, y aun amando á Bach, dejaríala partir en su auto, camino del Suizo ó de *La Mallorquina*... Bendita, pues, mi fortuna, que me ha permitido conocer á la enamorada de tan excelso músico, modosita, humilde y accesible...

Al terminar el concierto, ella se levanta, entrega los gemelos á su padre—que éste guarda, cuidadoso, en el gabán—y se cubre con un abrigo obscuro, flotante, del que emerge, con adorable esbeltez de nardo, el cuello.

Después me mira, «invitándome...» Acudo á su lado, y, aprovechando el rebullicio de las gentes que nos prensan por la escalera, murmuro mi primer elogio incondicional.

En la calle, la noche tibia, convida á divagar, prolongando la hechicera impresión del concierto.

Por la plaza de Isabel II huele, penetrantemente, á acacia.

Enciendo un pitillo, y siempre paralelo á «mi nena», marchó tarareando, con jactancioso ímpetu, la marcha de *Los maestros cantores*.

Bajo la ráfaga luminosa de los arcos, la gentil pasa dejando una sombra esbelta en la acera; sombra que se alarga, se alarga, y luego se encoge y da la vuelta y luego vuelve á estirarse, volublemente...

Sigue mirándome. A ratos habla en voz alta con su padre, para que yo «vaya» conociendo detalles. «Oye, papá...—dice la muy tunantuela—; ¿habrá dormido bien mamá?...» O «A ver si el sábado próximo venimos al concierto más pronto...»

Tuercen por el Postigo de San Martín, atraviesan la plaza del Callao, siguen por Hita á dar á la calle del Desengaño. La chica no ha cesado de mirar; el padre ni se fijó en mí. Todos los padres, cuando vuelven del teatro con sus hijas, no se fijan en los muchachos, presumidos y farrones, que las siguen.

Mientras el sereno cierra el portal, yo, por la acera de San Martín, silbo, lo más dulcemente que puedo, un tiempo del concierto de Bach. Transcurren dos minutos.

A poco, en el piso segundo, sobre el almacén de paraguas, se esclarece un balcón. Desafiando una probable torticólis, alzo otra vez los ojos. Arriba, detrás de los cristales, se distingue la silueta de una mujer, á contraluz, que atisba la calle.

«Pan comido», decimos los clásicos.

#### IV

Lo que es complaciente y afectuoso sí que ha estado el sastre. No se cansaba de desdoblar piezas, de encarecer dibujos, de indicar detalles fascinadores. Ruiz, que me ha presentado á él, referaba machaconamente:



—A ver cómo lo trata osté, maestro. Que es amigo. ¿Estamos?...

Sonreía el maestro, dictando al aprendiz:

—78; 46; 38; 114...

Y preguntaba después:

—La americana con doble fila de botones, ¿verdad?...

Yo, á mi vez, apuntaba:

—Encargue que el bolsillo para la fosforera vaya dentro... ¡Ah! No me ponga abertura trasera en la americana.

—Se llevan ahora todas abiertas. Sin embargo, si usted quiere...

Un suspiro sonoro salía de mi pecho.

—Bien, que la abran.

Convenido el precio y la forma de pago, salimos de la sastrería, jaquetones y pintureros, amando la vida.

—Y á usted, amigo Ruiz, toda mi gratitud.

—¡De nada, chavó!...

—¡No fallaba más!... Sin conocerme apenas,

sin saber si soy ó no de fiar, me resuelve usted negocio tan importante...

—¡De nada, mi dulce amigo! Usted manda. ¿Qué se pensaba—agrega, encarándose conmigo—, que no tiene uno pestaña para conocer á la gente?... Usted es de lo más digno, sí, señor, y de lo más selecto que hay en la Secretaría. Desde que vino usted, me cayó en gracia. ¡Con que! ¿Hace un chalito?

Este Ruiz es divino. Entramos en un colmado; pago «das mías», abona él las suyas, y hala, hacia el ministerio.

—¿Cómo andamos de novias?...—pregunta Ruiz. Pero Ruiz es de los que hacen preguntas, que no dejan contestar, para referirnos, lisa y





sencillamente, sus intimidades, importándole muy poco las nuestras.

—Yo ando complicado con unas «trébedes»...— y me guiña el ojo—. Ya va para tres años. Pero lo que yo digo: el amor y las medisinillas hay que suministrarlas en «pequeñas diócesis»...

¿En pequeñas qué?... Me detengo á escrutar á mi compañero, suponiendo que habla en guasa. Pero él, grave, con gravedad de asno, continúa, tumultuosamente:

—Es paisana. La majita, de Velázquez, á su lao, tié que peinarse un poco. Porque, eso sí; en mi tierra no habrá una buena plaza de toros, ni un diario sin esos embustes de Nueva Yor que traen otros; pero mujeres que tiran de espaldas, así, á puños.

—¿De dónde dice que es usted?—pregunto, por preguntar algo á este fonógrafo.

—De Santa Fe, un pueblecillo que está á un brinco de Graná, célebre desde los Reyes Católicos...

—Ya, ya.

—Ahí nos hemos buscado un cascarón de nuez, como yo digo, en la calle de la Cabeza, una calle tranquila y «sólida». Ahora, estas noches que son frías aún, la chica cose sus trapillos, yo me cargo el folletín y riase usted del fresco que pué entrar por un cuarto como el nuestro, lleno de cariño y cerrado «herpéticamente».

Yo me río... del fresco.

Del fresco de Ruiz, modificando el Diccionario. Y así llegamos á la oficina.

Ya va disipándose esa desconfianza molesta que al principio me aisló de los compañeros. Los primeros días apresurábame, apresurábanse ellos á brindar pitillos. Ahora, cada cual, desde nuestra mesa atestada de papeles, sacamos tabaco y fumamos sin «sufrir» las serias rondas de cortesía.

¿A qué negar que me divierte mucho? No he visto jamás tipos tan diversos, tan antagónicos é inconfundibles como mis compañeros.

Ruiz, granadino, charlatán, frívolo, adulator é ignorante con pretensiones.

Ledesma, un muchachete con la cabeza muy planchada, que trae todos los días corbata diferente y alardea de conocimientos etimológicos.

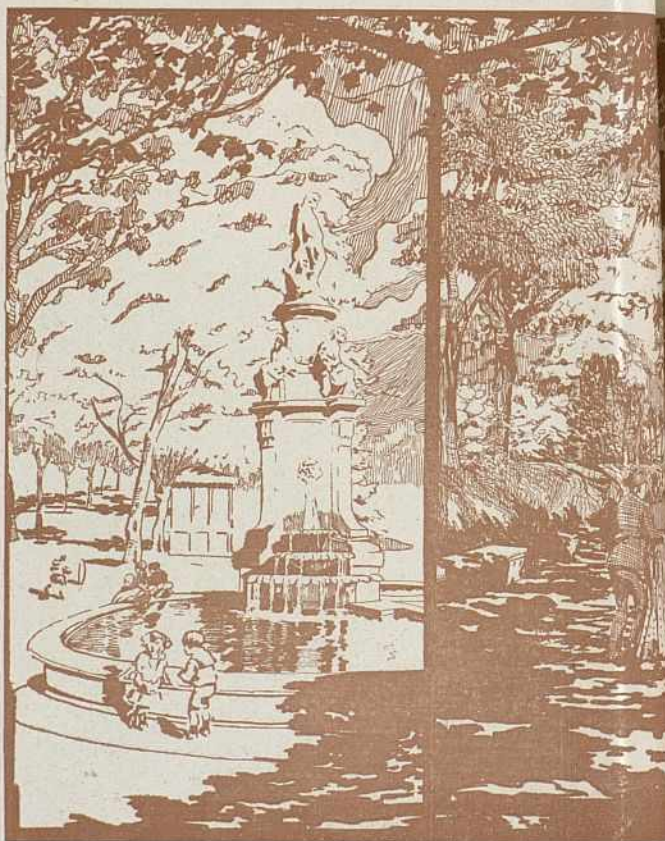
Gárate, calvo, de cincuenta y tantos años, con la camisa zurcida, con la expresión lamentable de su vencimiento. Es de Torquemada, provincia de Palencia, y no sabe nada de nada, pero tampoco procura disimularlo.

Y Piñeiro, alto, rasurado, con lentes, enemigo encubierto de Ruiz, fervoroso partidario de la cerveza, de los perfumes y de los cuplés sicilípticos. Es el fresco de la Secretaría. Asiste á ella cuando le gusta, y le gusta cada setenta y dos horas.

Mientras ellos charlan, Gárate y yo, que estamos en la misma mesa, escribimos afanosamente. El trabajo de registrar cartas es abrumador, bárbaro, torturante. Nada—bien lo sabéis—se concede en España graciosamente.

Todo, como en ciertos asuntos judiciales, se hace «á petición de parte». Para mover una piedra, lo mismo que para mover á un funcionario; para dar pan como para quitarle; para hacer feliz á un pueblo igual que para hacer desdichada á una colectividad. Santa Recomendación, abogada nacional, llena de cartas nuestra mesa: gritos, súplicas, piropos, suspiros, mandatos, insinuaciones y gemidos que pasan por nuestras manos de pobres hombres como un rosario loco y largo de cuentas que tienen todos los colores y todos los tamaños...

Pero la charla de estos amigos ahuyenta mis



inconsistentes filosofías melancólicas. Alguna vez escribo á Consuelo, la «chica» de la calle del Desengaño, novia mía ya, por la gracia de Bach y de mi buena fortuna. Empiezo á normalizar mi situación; la patrona está contenta; fumo todos los días, voy á los conciertos y me he elegido dos trajes, que pagaré á plazos, verdaderamente deslumbradores...

Destacándose del techo persistente de las máquinas de escribir, la voz de Ledesma suena enfática y docta.

—Antropofagia, sí, antropofagia; de *phageni*, en griego, comer, y *anthropos*, hombre: viciosa y execrable costumbre de comer carne humana. Ya casi ha desaparecido; pero, de todos modos, el caso que hoy refiere *El Imparcial* es tremendo.

Ruiz se cree en el trance de emitir dictamen.

—Es una costumbre «antiguísima». Yo recuerdo que mi abuelo...

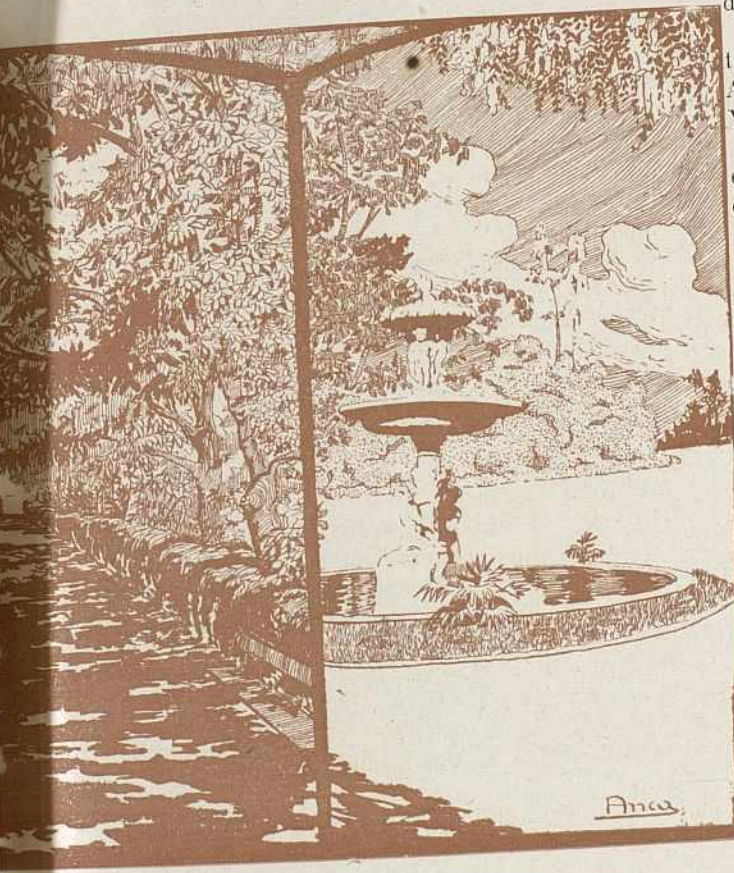
—¡Incomparable Ruiz, no amueles!...—apunta Piñeiro—. ¿De dónde sacas que se dice antiguísimo?...

—¡Adiós, ya saltó éste—grita Ruiz—que dice cine, auto, coli, Bombi, tupi, Comi, Delega y mil sandeces más!

—Hay una razón de brevedad.

—Yo también tengo entonces las mías. ¿No se dice antiguo? Pues el aumentativo será antiguísimo.

—Pero desconoces, Ruiz—replica Ledesma—,



que antiguo, en latín, pues de esta lengua procede, es *antiquus*, y su superlativo, por esta razón, cambia la g en q. ¿Comprendido?...

El andaluz no quiere comprender. La conversación, á poco, degenera en una terrible batahola de gritos, insultos—siempre joviales, claros—y una abigarrada y mutua enumeración de defectos.

—¡Calla, analfabeto!

—¡Adiós, enciclopedia de bolsillo!

—¡Más valiera que supieses cómo se escribe «desahucio»!

—¡Y tú que vinieras con puntualidad á la oficina!...

Ledesma tira un legajo á la cabeza de Ruiz; Ruiz esgrime la regla y avanza hacia Piñeiro, y Piñeiro y Ruiz se enzarzan, luchan, quiere vencer uno, no se deja dominar el otro, y caen

sobre la mesa, donde empujan el tintero, salpicando de tinta varios papeles.

Gárate interviene con su voz conciliadora y flemática.

—Vamos, señores, que puede oírles el secretario y...

Entretanto, sin hacer caso á Gárate, Ruiz y Piñeiro, sudorosos, frenéticos, dan y esquivan golpes, tropezando con la máquina *Remington*, derribando sillas, mientras Ledesma, á su vez, les anima con azuzadoras frases. Por fin, Piñeiro, arrinconado bajo las manazas de Ruiz, mete un pie en el cesto de los papeles y solicita tregua.

—¡No seas bárbaro!... ¡Suelta, tú, que haces daño!...

—¿Qué te figurabas—pregunta Ruiz, jadeante—, que eres tú el único que aquí tiene fuerzas? Anda, llámame otra vez analfabeto, alma mía. Verás el porrazo que te doy en la «cresta».

Les separamos entre Ledesma, Gárate y yo, evitando así uno de los graves disgustos en que casi siempre acaban sus bromas.

Y media hora después tornan á enredarse en otra discusión, porque uno de ellos cree en Lerroux y otro dice que Maura es el único gobernante digno é ilustre que tiene España.

Una oficina así, da gusto.

Algunas tardes, de acuerdo con los compañeros, salgo de la oficina á las siete, buscando los ojos vivaces, como dos alegros, de mi novia. La espero en la calle de Arrieta, donde vive una amiga suya que está estudiando canto y á la que va á ver con frecuencia.

Nuestro paseito desde Arrieta á Desengaño es delicioso. Un cuchicheo vivo, lleno de réplicas vivas, de confidencias pueriles, bajo la sombra, leve y húmeda de estos crepúsculos de Abril.

Consuelo es hija única de un agente de negocios; viste bien, es vivaracha, inteligente y distinguida. No he visto mayor inocencia que la de esta mujer, huérfana de madre, que no ha tenido nunca novio y ha vivido, por ferviente vocación, en el reposo solemne y augusto de los grandes músicos. Toca el piano un «poquitín», como asegura con ejemplar modestia. Cuando llega el verano se marcha á un pueblecillo próximo al Ferrol, llamado La Graña. Allí pasea bajo los castaños de un ancho paseo y todas las mañanas, al levantarse, ve la enorme bahía, temblante de luz, surcada de las velas ocrosas de los pescadores de Mugardos, el pueblo trágico, cuyas mujeres visten casi todas de luto...

Yo la he dicho que tengo á mis padres lejos de Madrid y que estudio para ingeniero de minas. Cuando llegue el verano, desde León, donde residen—¡oh, embustero!—, me acercaré á La Graña, unos días. Y Consuelo me habla de las romerías, de las sendas en paz, bordeadas de zarzales, de la fuente oculta entre helechos, de los paseos por la ría, de la calle Real, de El Ferrol, y de los guardias marinos, mocitos y genitales, que languidecen en una venerable fragata-escuela...



Consuelo me ha creído ciegamente; mi amor á la música, mi docilidad en el mirar, mi inflamado lirismo, la seducen, para suerte mía: ¿A qué decirle la verdad, la odiosa verdad, por ahora?... En el paraíso del Real, los domingos por la noche, mientras ruje la jota de Chabrier, ó resuenan graves las trompas de *Tannhäuser*, ó solloza Beethoven en el andante de su séptima, Consuelo y yo nos miramos, y después de mirarnos, sonreímos...

Al día siguiente, lunes, torno al ministerio un poco mohino. En lo alto del edificio, tres pegasos de piedra, con sus alas enormes, encabrilados, inician un salto glorioso hacia lo azul. El sol bruñe sus erguidas cabezas; en el hueco de las alas deja una sombra transparente, suave, poética.

La piedra, nítidamente recortada contra el cielo, tiene belleza deslumbradora de símbolo. Yo, antes de entrar, miro siempre estos pegasos arrogantes, blancos, amigables, tan en lo alto, tan en lo luminoso, que quieren dar un salto libertador y no lo dan...

## V

Han pasado tres semanas. El trabajo ha arreciado extraordinariamente. Entramos á la diez de la mañana y salimos á las nueve y nueve y media de la noche. Apenas nos queda una hora para comer. Y lo doloroso es que hace pocos días, en la calle de la Montera, encontré á una muchacha desenvuelta y bonita que se me acercó á mí resueltamente, metiéndome en plena aventura.

—Pollo—murmuró con voz nerviosa—, haga el favor de seguir á mi lado y de decirme «cosas».

—¿Cómo?...—interrogué, sorprendido.

Ella, revelando una gran inquietud, repitió autoritaria:

—¡Por favor!... ¡Dígame algo, lo que quiera, como si fuésemos novios! Y, sobre todo, no se marche usted. Ya le diré.

Seguimos hacia la Puerta del Sol, rápidos; yo, un poco desorientado, comencé á decir en voz baja, inclinando hacia sus ojos los míos, bastantes majaderías. Ella miraba de vez en cuando hacia atrás; en la esquina, giró ágilmente, confundiendo entre la muchedumbre, alejándose de mí.

Corrí tras ella. Pero la gente se interponía y me costó trabajo alcanzarla, en la entrada de Espoz y Mina, después de sortear dos coches, un tranvía, un ciclista y un guardia.

—Pero ¿qué le pasa, joven?...—inquirí.

Ella, sin detenerse, contestó, respirando:

—¡Menos mal que le he dao esquinazo!... Ya estoy tranquila; puede usted marcharse, si quiere. Y mil gracias por su amabilidad. ¡No puede usted imaginarse el mal rato que me ha hecho pasar ese granuja!...

—¿Alguno que la seguía á usted?

—Un novio que he tenido. Pero, si le parece, vamos andando, porque aún no las tengo toas conmigo.

En el camino me refirió la muchacha lo que la acontecía.

En la calle de la Montera, al salir del taller, de entregar—porque yo ¿sabe usted? soy chalequera—, le esperaba un antiguo novio suyo, desdenado hoy por la muchacha. «Es un hombre que se pirra por el vino y no hay medio de hacer carrera de él. Lleva varias noches que, en cuanto me ve, me arma un escándalo. Está empeñado en que he de quererle y á mí no me tira. Ayer noche «me se» acercó pa decirme que si me iba ó no me iba á dar en la cara. Calcule usted, joven. Yo no he dicho ná en casa por no dar un disgusto; pero ahora, al salir, estaba esperándome en el mismo punto y hora en que pasó usted. Y como yo le he dicho que tengo novio, que no se ponga tonto, porque me «dié mui desengañá», pues me dije, digo: Este pollo, que parece un caballero, podría sacarme de este apuro... Y ya ve usted lo que ha pasao; como tengo buenas piernas, le he dao mico, y así no ha tenido usted que poner la cara en vergüenza por mí... ¡Usted dirá que soy una fresca!... Pero...

—¡Quite usted, por Dios, Concha!...—interrumpí galantemente.

—Encarna.

—¡Bien; quite usted, por Dios, Encarna!... Esto, aun lamentándolo, me ha proporcionado un placer enorme: el de conocer esos ojazos de usted, que son dos verdaderos escándalos por grandes y rebonitos.

—Es favor. De modo que—acabó la chalequera—tantas gracias por todo y...

—Pero ¿me despide usted?

—¡Ave María!... Es que no quiero molestarle más.

—Pero ¿es verdad que tiene usted otro novio, como me ha dicho?

—Ni ganas. Pero algo había de decirle al sinvergüenza que me sigue estas noches.

—Le advierto á usted que yo no bebo.

—¿Y qué?...—

—Y que lo que más me gusta de España es Madrid, y de Madrid, las muchachas que tienen los ojos negros, y de las muchachas que tienen los ojos negros, las chalequeras. Son mi debilidad.

—Vamos—dijo Encarna, plantándose chulonamente en la acera—, ¿á que resulta que ya tiene usted pasión de ánimo por mí?...—

—Tanto como pasión de ánimo, no, gentil confectionadora de chalecos; pero me está gritando el corazón que usted y yo vamos á pasar las consabidas «morás» queriéndonos. La mano me dejo cortar si para el domingo que viene no está usted «colada» por mí. No sabe usted la maña que me dió mi señora madre para enamorar á las mujeres.



—¿Se le ha muerto su madre?—preguntó zumbonamente.

—No, Encarna de mi vida.

—¿Y su abuela? ¡Ay, hijo! ¡No es usted nadie presumiendo!...

Y rompió á reír, sonoramente, luciendo—¡inesperada sorpresa!—unos dientes menudos, blanquísimos.

Siguió, entre chanzas y veras, el palique, hasta la calle de San Cayetano, donde nos detuvimos aún casi media hora, casi avenidos. Y, en efecto, estas noches, al salir del Ministerio, corro á buscarla—á la calle de la Montera, donde entrega y recoge la labor—, ya que no pueda por las tardes oír la voz suave y enloquecedoramente distinta de Consuelo.

En la esquina de San Cayetano nos detenemos más tiempo de lo justo. Encarna se despide de mí varias veces y rie tentadoramente:

—¡Jesús! ¡Es más larga la *posdata* que la carta!... Esta noche, la *abuela* de fijo que ha agarrao «el canastillo de las chufas...»

Algunas veces, mientras bajan las obreras taconeando por la calle de Embajadores, surge el ciego de todas las noches. Es un viejecito que rasca sobre unos huesos, unidos por dos cuerdas, arrancándoles un repiqueteo como de castañuelas.

A nosotros nos hace reír este picaro, que impropia coplas de un sabor primitivo y aldeano. De su boca sin dientes, sumida y contrahecha, salen las canciones como ésta:

Yo les pido y les suplico  
á mis buenas parroquianas;  
yo les pido y les suplico  
una bendita limosna,  
porque yo la necesito.

Y vuelve á rascar los huesos mientras avanza por el centro de la calle, mirando hacia arriba con sus ojos sin pupila.

Vivan mis buenos hechores,  
también mis buenas hechoras,  
cuando paso por aquí  
si me dan una limosna.

—Chiquilla; no sé qué tienes, que cada vez te quiero un poco más—murmuro, iluminada y taimaduelamente.

—¡Como que no hay más que mirarle para notárselo! La caída de orejas es de estar «colao» por una mujer—replica la chalequera.

—¿Por qué no me tuteas?

—Porque no. Es usted muy señorito pa mí. Usted está por esas señoritas de pan pringao que pasean por la calle Alcalá muy compuestas y luego tién que fregar los suelos de su casa. A mí me tiran los de mi clase.

—No seas simple, morucha. Eso está ya man-

dado retirar. Aquí lo que pasa es que eres la mujer más simpaticona que he conocido. Y que yo te estoy queriendo como á nadie, y que esto es el Evangelio.

—¡Se trae usted poco jarabe de pico, alma mía!

—¿Nos vamos á la Encomienda?... Tengo que decirte cuatro cosas y necesito que haya poca luz. Además, el tío ese de los huesos me molesta estrepitosamente.

—¡Pobre hombre!... ¿Es que quiere usted que toque el arpa?...

La voz del viejo se pierde con su copla última, igualmente rebelde á las clásicas reglas de la preceptiva:

Las señoras de esta calle  
son mis buenas parroquianas;  
si me dan una limosna,  
lucero de la mañana.

Juntos, charlatanes, nos encaminamos hacia el *cine* de la Encomienda, abigarrado y apestoso como ninguno. Otras veces caemos por lo Rat-Penat ó por Barbieri. A mi chalequera le gustan bastante las apreturas, las sombras y la impunidad que brindan estos coliseos ó teatrillos, y aunque finge no creermelo—lo cual pone un matiz picaresco á su charla—, poco á poco me va otorgando su confianza.

Es garrida, recia, con un halo de simpatía peculiar á muchas mujeres del pueblo. El domingo pasado estuvimos bailando en no sé qué ventorro ó merendero de Vallecas. Sólo recuerdo que estaba muy lejos y que sorprendí á algunas parejas bebiendo ese vinillo insoportable y farmacéutico de Valdepeñas y comiendo cacahuets. Indigestos, ardientes y villanos cacahuets.

La primavera política, la primavera amorosa y la primavera musical me hacen feliz. Mi patrona va civilizándose; sonrío más que antes y hay cierta claridad simpática en su sonrisa—en su media sonrisa, que será total y llena cuando le abone ciertas pesetas, lo que, con ayuda del Gabinete actual, pienso efectuar prestamente.

Hace días que no veo á Consuelo. Ha terminado la serie de conciertos. Siempre que Fernández Arbós, el simpático director de la Orquesta Sinfónica, se marcha á sus glorias de Londres, me quedo triste y desorientado. Su bata, llena de las rosas de Bach, de las camelias de Wagner, de las magnolias de Beethoven, salta á otras tierras: pronto á San Sebastián la frívola, á su Casino, á su Boulevard, á su Monte Ulía. Aquí se quedan las acacias hojociendo y yo tarareando testarudamente retazos de sinfonías. Consuelo, desde el balcón, se lamenta conmigo por señas. ¡Odiosa telegrafía sin hilos, inicuo lenguaje este de las manos á distancia que no tiene ni el rugido, ni la veladura, ni el suspiro, ni la media voz, tan favorable para la confianza lírica y apasionada!...

En cambio, me desquito con Encarna. ¡Aquí





sí que el lenguaje manual adquiere inaudita importancia!... Ninguna palabra tiene el Diccionario que exprese tan bien y tan sabiamente un deseo, un afán, un regocijo ó una fiebre como la mano tateando cautamente bajo la penumbra de los *cines*. Pero también hace días que no veo á Encarna. Me repugna. Es sensual y grosera. En nada se parece á mi Consuelo, cuyas manos tocan tan aladamente *lieders* de Grieg ó sonatas del sordo de Bou.

Para colmo de melancolías hoy ha empezado á llover. Finaliza Abril, y los claveles que venden en la esquina de Montera á Puerta del Sol son como un desesperado lamento primaveral bajo esta turbonada imprevista que siembra por Madrid desolaciones invernales.

La oficina, tan lúgubre, de corredores tan resonantes, de compañeros tan rectilíneos y uniformes, me abruma. Cuando despachando asuntos de la Secretaría oigo pitar los trenes, siento en muñecas y tobillos la tremenda opresión de unos grilletes. Y entonces aprovecho algunos minutos para escribir á Consuelo cartas ardentísimas, locas, ingenuas.

«¿Cuándo nos vemos, nenita de mi alma? Mira que se nos está pasando la primavera; mira que languidezco; mira que voy á morirme de

mal de oficina, comido por esos microbios que se llaman Reales órdenes y Reglamentos... Mira que acaba de entrar por la ventana un rayo de sol poniente. ¿Tú sabes las cosas turbadoras, épicas, inquisitoriales, que dice un rayo de sol de Abril resbalando sobre la mesa de una oficina?... Te quiero, te quiero, te quiero, Consuelo mío... Aquí solo, oliendo á papel secante, á tinta y á recursos de alzada, agonizo. Tu recuerdo tiene, para mí, prestigios irresistibles de credencial. Perdóname; pero, como ves, disparato igual que cualquiera de estos compañeros míos...»

## VI

No puede ser.

No puede ser y tiene que ser. ¡Dios mío! ¿Por qué cuando huele Madrid á lilas, cuando el sol de Mayo abre los balcones de los tugurios madrileños, cuando la gente dominguera marcha jovialmente hacia la Plaza de Toros, cuando el Retiro brinda sombra y paz y todo aturde y todo rebrilla y todo parece flamante se habla de crisis?...

De crisis políticas, claro es. Dicese que en primavera todo es renovación; pero esto no puede



admitirse más que en gentes que sueñan con ser subsecretarios ó ministros, ó prestamistas que tienen sus establecimientos rebosantes de efectos empeñados. Estas dos clases de renovaciones son dolorosísimas para aquellos que, como yo, viven del Gobierno actual, cuya vida está, por lo visto, condenada á ser tan fugaz y breve como la de todos los anteriores Gabinetes políticos.

Ser temporero ó agregado á una secretaría particular y hablarle de crisis, equivale á mentar la bicha á un andaluz. Y si coincide tan infuisto suceso en primavera, cuando los árboles están rebosantes de hojas y de fragancias, cuando el espíritu está como los árboles, es bellaquería del dios Azar, de la que yo fervorosamente protesto, en nombre del instinto de conservación.

¡Qué cosa tan triste, tan absurda, es ser ministro constitucional! ¡Qué bazofia tan indigesta esa asignatura que se llama *Derecho político*! ¡Qué glosario tan melancólico de la vida nacional el que hacen el *Diario de las Sesiones* y la *Gaceta de Madrid*!

Todo ello vive bajo un vértigo inacabable, con prisa insensata, con inestabilidad dolorosa. Todo ello refleja la bárbara fiebre del pueblo, quien, en su delirio, juega infantilmente á cambiar coronas áureas por gorros frigos, ministros liberales por ministros conservadores, diputados que chillan demasiado por diputados que callan excesivamente. ¿Y esto es la política? ¿Es que todas las convulsiones de un país se reducen á derribar á Pedro para que suba Juan, á que unos coman y otros ayunen, á que hoy se nos asegure que nuestra regeneración depende de cuatro acorazados y mañana se nos afirme que la salud nacional puede robustecerse reduciendo las Asociaciones religiosas?...

Con estas fútiles contradanzas la fe política decae, debilitándose progresivamente. ¡Dichosos los poetas que no se preocupan de ellas! Son seres bienaventurados que no han encontrado aún consonante dulce con Lerroux ó con Morel.

Verdad es que los políticos opinan que se puede vivir sin el concurso de la Academia de la Poesía; pero también tienen razón los poetas cuando proclaman que la vida es lógica, tolerable, aunque el Tribunal de Cuentas ó el Consejo de Estado no se hubiesen creado. A pesar de mi execrable condición de oficinista, voto con los poetas.

Lo fundamental, á despecho de este frívolo desahogo, es que los periódicos hablan de crisis, y que mi protector puede abandonar el alto cargo político que ocupa. Renuncio á detallar prolijamente, no sólo mis amarguras presentes, sino las que amenazan á mi patrona y á mi sastre, á quienes no podré pagar como es, aunque esté feo confesarlo, mi propósito.

En la oficina no saben nada. Por lo menos fingien no saber nada. He intentado ver á mi protector para encarecerle, indirectamente, que me diga si el Presidente tiene ó no el derecho de di-

solución; pero me ha sido imposible. ¡Ahí es nada la importancia que tiene un caballero cualquiera cuando ocupa un elevado cargo! Es preciso franquear veinte mamparas, derribar otros tantos ordenanzas, sonreír á igual número de secretarios particulares, bullir trémulo bajo el repiqueteo ensordecedor y prolongado de cien timbres, etc., etc.

He renunciado, pues, á mis propósitos. Lo que sea sonará. Gracias á que lea dos periódicos de la mañana obstinados en rectificar los informes que acogen otros dos cotidianos de la noche...

Ayer, heroicamente, falté á la oficina. No sé con qué motivo se celebraba el baile de tampoco sé qué círculo regional, en el Ideal Polistilo, y allá fui, porque Consuelo me lo previno amorosamente.

Mi vida, ha tiempo que está solitaria, como la plazoleta de un jardín y de surtidor que la invade, con sonoridades y lucecitas irisadas que hace mi novia. Además, para que mi equilibrio moral no se altere, para que la prosa abominable de la secretaría particular no me amortaje, necesito este amor, cándido y neutralizante, que hasta llevo á considerar como medicina antitóxica.

Bien perfumadito, con las botas lustrosísimas —¿habéis notado qué sensación de bienestar, de regocijo, de holgura se siente cuando llevamos las botas muy limpias?—, el traje flamante, la corbata anudada luego de laborioso cuidado ante el espejo, me encaminé hacia el saloncito de la calle Villanueva.

Afortunadamente, los rumores de crisis se han desvanecido en estas veinticuatro horas últimas. Según parece, todo queda reducido á que un ministro, que no entiende nada de Hacienda, pase á Instrucción, donde podrá cumplidamente acreditar su insuficiencia. Y cierto rotativo que le defiende, callará discreto, siempre atento «á los latidos de la opinión».

Muchachitas compuestas, y con su correspondiente novio, llegaban escoltadas por su mamá inevitable. Cambiábanse sonrisas y discreteos, bajo la enmaderada techumbre del salón de patinar, convenientemente apercebido á las voluptuosidades de la danza.

Regúlez, uno de tantos amigos, sale á mi encuentro.

—¿Tú por aquí?

—Ya ves.

—Chico, esto apesta á cursilería. Ten cuidado, porque han venido hasta criadas de servir.

—Querido Regúlez, no exágeres.

—Supongo que no tomarás esto en trascendental, ni aunque viniera tu novia.

—Hombre, quien lo toma así, en trascendental, como dices, eres tú. Aquí viene, naturalmente, de todo; chicas que hacen toda suerte de gimnasias, para que se les desarrolle el pecho, y chicas que frecuentan los viernes de Jesús. Pero déjalas, que entre las *pillules orientales*, las conferencias de los padres Agustinos y los bailes de sociedad adoben y justifiquen su vida. ¿Quiénes



somos nosotros? Tú vienes encantado porque tienes un smoking, un monóculo y unos zapatos de charol. Yo vengo contento porque tengo una novia linda y dócil. Hay que poetizar la vida, fugarse de la prosa. ¿Quién te asegura que alguno de nosotros, tan peripuestos y repeinados no lleva zurcidos los calcetines?

—Muy baratas son tus filosofías.

—¡Bah! Me permiten vivir sin grandes molestias. La primera es optimista.

—Es que estás enamorado.

—A Dios gracias. Pobre de ti si no lo estás.

—Mira—replica Regúlez sin alterarse, humorísticamente—. Tú, fuiste toda tu vida un fresco;



de modo que no me conoces. Hablas para aturdirte. ¿Cuál de tus novias es la que esperas?

—¿Cómo, cuál?

Regúlez me mira estupefacto.

—Sí; cuál de ellas. Porque supongo que no será la que ves por las noches, en la calle de la Montera; una de mantón, muy chulona, con cara de lagarta.

Yo, sonrojándome ligeramente, sonrío.

—Hombre, eso no tiene importancia. Es una aventurilla para «desengrasar».

—La primavera es optimista—repite burlonamente mi amigo—; pero tú eres más desahogado que la guerrera de un quinto.

Reímos, cómplices. Y de pronto la orquesta inicia un vals, y la gente, que invade el salón-pista, se deshace en parejas.

En aquel momento llega Consuelito, risueña y fresca, con ese halo transfigurador que he sorprendido en las mujeres, allá en la playa, cuando acababan de bañarse.

La acompañan unas amiguitas, bajo esa complicitad inocente á que recurren las señoritas

de la clase media cuando en su vida de reclusas sueñan los pocos cascabeles de un baile, de una jira, de una función de teatro...

No; no es posible zaherirlas irónicamente, como hace Regulez. Merecen estas buenas muchachas cierta generosa piedad. Apenas viven; apenas sueñan. Las hay ridículas, no lo niego; pero también, como se dice de la gente del pueblo, «tienen su corazoncito»... Un corazoncito que bulle con menos libertad que un canario; un corazoncito inexplorado que sueña con su príncipe rubio, con un Lohengrin ideal, y luego apenas con un empleado honorable de Hacienda ó con un hortera herpético y sentimental; pobre corazón de chica casadera, regido por el folletín y *La Semana Católica*, escondido en su pecho como una violeta en el campo ó una luz en la noche.

—¿Qué importa que yo ame «al alimón», repartiendo mi embustera palabra entre una chica que adora á Bach y otra que no tiene el honor de conocerle? La chalequera perecerá vencida por la filarmónica, y mi cariño será para ella, sin condiciones, sin falacias, en cuanto pase esta primavera, que me ha soliviantado sensualmente.

Mientras el vals suena, yo, al oído de Consuelo, murmuro apasionadas protestas, que ella escucha con honda religiosidad. Aquellos días no puedo verla, porque los próximos exámenes me traen loco. Ya sabéis que la he dicho que estudio para ingeniero de minas. Para Junio... para Junio habré aprobado el año penúltimo, y para el próximo nos casaremos.

—Está ya resuelto el viaje á La Graña—me dice—. ¿Podrás acercarte á verme?

—¡Ya lo creo, vidita mía!... Estaré unos días con mis padres, en León, y desde allí volaré en busca tuya.

Y giramos largamente, soñadoramente, siguiendo las ondulaciones del vals de Cremieux. Consuelo baila con encantadora maestría. Apenas tocan sus pies el suelo; ingrátida, incorpórea, alada, parece un jirón de viento hecho carne; una ráfaga que huele á rosas; unos ojos todo luz, que tienen atracción indomeñable de vórtice...

Su mano suave casi se abandona en la mía; su cintura se sutiliza, evadiéndose del contacto ligerísimo que inicia mi diestra. Del vals, sollozante y frívolo, sólo queda un rumor sedoso, un desliz manso, una danza sin carne y sin cronología, como si nuestros pies hollaran la superficie dócil y callada del mar ó el vals fuese una tromba de aire que nos elevara por alturas jamás conocidas.

La palabra fluye de mi boca fácil y líricamente, y Consuelo, casi sostenida entre mis codos, parece que va esfumándose ó que va surgiendo, imprecisa, como un retazo de niebla, inapresable y ondulante, como la misma melodía... ¡Ah, si yo fuese poeta! ¡Qué rimas tan encantadas hiciera de este momento, vulgar para todos me-



nos para mí! Tarde de Mayo, música de vals, presentimiento de mar azul, amor humilde y danza sin lujuria; todo está confabulándose en armoniosa confabulación; todo entona, todo se funde, todo se busca, todo tiene su son y su fragancia, como si esta tarde la vida fuera un acorde maravilloso ó un ramo de penetrantes flores que mi fortuna está formando, presurosamente, para que yo me aturda!

Al ir á la oficina á la mañana siguiente me pareció descubrir en rostros y frases de mis compañeros cierta acritud. Como no hay en el mundo hombre que peor disimule su displicencia que un compañero de oficina, pronto pude saber que mi ausencia de la tarde anterior había parecido falta imperdonable en época, como ésta, de tantísimo trabajo.

Luego he tenido ocasión de sondear á Ruiz hábilmente y he confirmado mi maliciosa suposición. Es preciso trabajar, cuéstemelas amarguras que me cueste.

—Sí, porque, ¿sabusté?, aquí tóo el mundo escurre el bulto. Yo tengo también mi «combina», y me amuelo. *San Molerse* es er santo er día. Y que no hay apelación, si no quí uno poner el puchero á la funerala.

Y como yo no quiero tampoco—¡no faltaba más!—que mi patrona ponga el puchero en tan macabras condiciones, heme otra vez levantándome á las ocho de la mañana, camino del ministerio y regresando á las nueve ó nueve y media de la noche. Mi protector es uno de los pocos políticos que han tomado en serio su cargo, y como trabaja afanosamente, justo es que nosotros, los miserables subalternos, le imitemos.

Claro es que sufro lo indecible por Consuelo, á quien adoro cada día un poco más. Y en cuanto á Encarna...

En cuanto á Encarna, á quien no sólo no puedo ver, sino que ni la escribo—desconozco su apellido y no recuerdo bien el número de la casa—, voy á tener que traspasarla, como ciertas industrias, «por no poderla atender»...

## VII

Estaba yo esta tarde, después de comer, leyendo la información política de un rotativo, cuando sonó la campanilla de casa. Sin poderlo evitar, me desazoné.

Ni la carta, ni el telegrama, ni la visita que espero, llegaron. Y eso que muchos días, dentro de mi pobre cuarto, que tiene una ventana á un patio, estrecho y triste, cuando el silencio es hondo y mis compañeros de hospedaje saltan hacia el café, espero algo, algo insólito y enorme que caiga en mi vida como un sudario ó como una mecha.

Todas mis horas presentes callan con tremenda expectación y siento como si el destino se desgarrara para darme, en bárbaro alumbramiento,

el porvenir de paz y de desquite implorado por mi corazón tantas veces.

Seguí leyendo. Poco después de comer comenzó á verterse una lluvia inusitada y violenta sobre Madrid. Estamos en Junio, mes caluroso y cargado de electricidad que suscita lluvias tronitantes de estío. Yo escuchaba complacidamente el tamborileo del chaparrón. Y me gustaba ver cómo el agua caía terca, lustrando las calles, agriandando el cielo, resonando en la claraboya de la escalera y en el cinc de la ventana con dulce sonsonete letargoso.

De pronto oí una voz conocida.

Todos tenemos amistad con un hombre que nos da, única y exclusivamente, las noticias gratas, con otro hombre que nos las da torvas y, por fin, con un tercero que nunca tiene nada que contarnos. El que acababa de entrar, Regúlez, era el de las «infaustas nuevas».

—¡Hola, gran Cristóbal!...—me dijo, tendiéndome las manos.

—Hola. ¿Qué hay?

Me dijo cuatro vulgaridades que yo consideré en seguida como un taimado circunloquio. Callé. El hablaría. Y habló.

—Oye, Cristóbal: el domingo último, ¿saliste con tu novia, con la chulona de la calle de la Montera?

—No—repuse secamente—. Estuve trabajando. ¿Qué ocurre?

—Tu novia fué á la Bombilla.

—Ya lo sé.

—¿Sola?

—Con una amiga suya. Por lo menos, eso me ha dicho. Otros domingos lo ha hecho así, cuando no he podido ir á bailar con ella.

Regúlez se quedó pensativo—cosa rara en él, porque me consta que piensa poco—un minuto. Luego exclamó:

—Mira, Cristóbal, no quiero ocultarte nada. Tu novia estuvo el domingo, anteayer tarde, en el merendero de los Cipreses, con un tío de barba. La he visto bien.

—¿Estás seguro de que era un tío de barba?—pregunté sin inmutarme.

—Absolutamente seguro.

Me hacia un gran favor. Le di las gracias.

—Yo, Cristóbal, comprendo que estas noticias son poco gratas; pero...

—Nada, Regúlez, nada...

—He estado pensando si decírtelo ó no...

—Nada, nada—atajé—; yo, en tu caso, hubiera hecho lo mismo.

—Perdona que... Pero nuestra amistad... La tarde aquella del Polistilo...

—¡Querido! Te repito que no tienes por qué disculparte. Precisamente ya me han dado en otras ocasiones referencias parecidas. Te lo agradezco de verdad. Al fin y al cabo, tenía que suceder. Yo tengo mucho trabajo ahora y no puedo ver con frecuencia á esa niña. Comprenderás que era una cosa sin importancia, cosa de la carne...



—Ya, ya... Pero siempre molesta.

—Eso, sí.

Hablamos de otras menudencias y salí á la calle con mi buen Regúlez. Al despedirnos, aún insistió:

—Es fastidioso, chico, tener que dar estas noticias... Pero, ya ves, nuestra antigua amistad...

—Que sí, hombre, que has hecho bien.

Para convencerle de que no estaba ofendido con él, sino bien rebotante de gratitud, le convidé á

carecía cierta postal de cierta tiple peinada con raya, mi chalequera se partía la raya. Si dejé varias noches de ir á buscarla al almacén donde entrega, jamás se me ofendió, como Consuelo, como la mayoría de esas nenazas empalagosas y neuróticas que no salen nunca solas.

Me hizo, además, una exquisita y extraordinaria donación.

¿Qué resuelve un hombre?

¿Habría de «tentarla el pelo» como un chulo



un jarro de *Pilsen* y á un pitillo. Después mi camarada me acompañó un rato, y yo seguí camino del ministerio.

A todo esto seguía diluviando. La tarde estaba desapacible y propicia á truculentas meditaciones, que fui desdoblado bajo la tenue sombra de mi paraguas.

El idiota de Regúlez tenía razón. Por confidencias de algún otro amigo, desde hace varias semanas sé que esta novia mía—chalequera había de ser—«me la está dando de primo», como ella dirá. Desde que la oficina me impidió acompañarla con frecuencia, la han visto ya otras veces con ese caballero barbudo en la *kermesse* de Atocha, en la Bombilla y en el Retiro. Sea ó no sincero mi cariño, esto, por razones incontrovertibles y atávicas de decoro, no puedo tolerarlo.

Lo lamentable es que Encarna me ha fingido, desde que la conocí, hace tres meses, un cariño enorme. Salía conmigo cuando yo lo ordenaba. Iba á donde quería. Reía cuando yo. Lloró algunas tardes. Si me agradaban las medias caladas, ella se compraba media docena de pares. Si en-

cualquiera? ¿Le haría ligeras consideraciones filosóficas acerca de la dignidad? ¡Ay, señor! ¡Si es tan salada y bonita!...

Quedó resuelto que pediría permiso al secretario particular y correría á buscarla para insultarla tabernariamente, cínicamente. No me resulta «hacer el Colás», como dicen por San Cayetano y Embajadores, ante ningún caballero con barba ni ante una vulgar chalequera.

A las ocho y media en punto llegué á la calle de la Montera. Voceábanse los primeros periódicos vespertinos con el escándalo del Congreso. Porque ha de advertirse que las Cortes siguen abiertas aún y que el Gobierno, duramente combatido, no las cerrara hasta que quede aprobado cierto maldito proyecto de ley...

Fumé, nervioso, un pitillo, dos, tres...

Y, por fin, heme frente á Encarna.

—Hola.

—Buenas noches.

Ella me mira sagazmente. Luego se despide de otras compañeras.

—¿Qué hay?



—Hay—contesto sin poder contenerme, pero aparentando bastante serenidad—, hay bastante. Ya debes imaginar lo que me pasa...

—¡Como no sea la saliva por la garganta!— sonríe ella—. ¡Anda, pues no vienes poco fuerte después de un siglo que no se te ve el pelo!...

—Ya sabes que estoy muy ocupado, lo cual no impide que yo me acuerde de ti más de lo que te mereces.

—Se estima la voluntad. Pero no sudas mucho por verme.

—¿Dónde estuviste anteayer?

—¿Cuándo?

—Anteayer, el domingo. Recordarás que te dejé recado en la portería de que no podía salir contigo. ¿Qué hiciste?...

—Quedarme cosiendo en casa.

—¿Palabra?

—¡Anda, éste! ¿Y puede saberse á qué viene esa cara seria? ¿O es que se te debe algo y no te han pagao?

—Encarna—repito dominándome—, tú mientes. El domingo saliste de tu casa toda la tarde.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo, que lo sé.

Encarna, sin pestañear, me mira, deteniéndose. Luego sigue atravesando Puerta del Sol y replica:

—¿Sabes lo que te digo? Que te estás poniendo poco pelma hace días. Y que no sé cómo te las arreglas que en seguida te picas. Ultimamente, si he salido el domingo, ¿qué hay de particular con ello?...

—Nada, si hubieras salido sola ó con alguna compañera. Pero ibas con un hombre.

—¿Yo?

—Con un hombre alto, de barba, sí.

Sus ojos se dilatan, se ahuevan, se enrojecen.

—Vamos—dice después de una pausa—, tú vienes hoy con ganas de jaleo. Pero, ¿de dónde sacas esos infundios?...

—Yo, que lo sé—repito, titubeando un poco.

—¿Es que me vistes por un casual? Entonces, no andarías lejos, niño. Y si me vistes, no sé por qué has aguardao á decírmelo ahora.

Vacilo.

Verdaderamente creo que estoy haciendo el ridículo... y todo por unos celos prematuramente infundados en una confidencia que hasta puede ser poco piadosa.

—No te vi—rectifico—. Si no, ¿de dónde! Fué un amigo mío, casi un hermano.

—Bueno; pues dile á ese soplón que se meta en las cosas de su señora madre.

—Oye, tú: ese amigo...

—Nada; lo que te digo. Ese amigo tuyo es una chismosa. Y tú...

—Yo... yo, ¿qué?...—pregunto trémulo de ira, bajo la soledad de la calle de Barcelona, sujetándola el brazo.

—Y tú... —añade ella—tú eres un infeliz, por no decir otra cosa. ¡Quita!... ¡Que me estás las-

timando!, ¿oyes? A ver si nos vamos á poner tontos los dos...

Encarna grita. Algún transeunte vuelve la cabeza. Se oye el ruido de un balcón, que algún curioso vecino abre rápidamente.

—Eres una cualquiera—murmuro despechado—. Sé que hace tiempo que vienes engañándome. Pero he de desquitarme. Por la primera papilla que me dieron.

Desenvueltamente Encarna suelta la risa desde lo alto de su picante hermosura. Yo me enardezco y la insulto, empujándola contra la pared.

—¡Déjame!—grita—. ¡Así queréis los hombres! ¡La tonta es una, que os cree! ¡Si os ahorcaran á todos!...

—¡Encarna!

—¡Quita de ahí, señorito de pega! ¿Tenías ganas de camorra? Pues ya la armastes. Que te zurzan. Así como así, no tengo por qué darte explicaciones.

Y rápida, altiva, huye de mi lado, taconeando gentil á lo largo de la acera charolada por la lluvia.

—¡Encarna!... ¡Chist!... ¡Oye, mujer!...

Sin volver la cabeza, se pierde á lo lejos. Verdad es que hace chalecos y traiciones, pero... ¡es tan rebonita y simpática!...

Me arde la frente. Plantado en mitad de la calle de Cádiz, medito ante las rebosantes fruterías, llenas de gentes felices que compran el postre de la noche.

—¿Será cierta la perfidia de Encarna? ¿Habrá dicho Regúlez la verdad?...

Pienso en Yago, evoco á Otelo... Bien. Después de todo, «estaba escrito». La oficina me trae esta desventura. Eso sí: el ridículo, por nada ni nadie le soporto.

A Encarna ya vendré otra tarde á buscarla y le diré lo que proceda. Por lo pronto, voy á ver á Regúlez. Y, vamos, como haya mentido, por mi padre, que en gloria esté, que le rompo la cara.

## VIII

Hace ocho días que Consuelo está en Galicia. Para fines de este mes de Junio pienso ir á verla, gracias á un discreto anticipo que el habilitado me facilitará. Ahora, camino del abominable trabajo oficinesco, releo las cartas efusivas que me manda, cartas que huelen maravillosamente á algas de mar y esencias de tocador.

Ha pasado la primavera. El verano oficial comienza á tostar las cargadas espigas de los campos, volcando sobre Madrid una implacable catarrata de fuego.

Sé habla—¡por fin!—de la inminente clausura de las Cortes. Se han roto varias campanillas en ambas Cámaras; pero el señor presidente del Consejo de Ministros sigue contando con la confianza absoluta de las mayorías.

El trabajo en la Secretaría ha cedido, afortunadamente. Salimos más pronto por las tardes,



pero no tengo ninguna chalequera con quien divagar, pintoresco y cinico, á la hora del anoche-  
cer. Encarna voló. No la guardo rencor alguno. Samaritana era, y en su tosco cantarillo otros beberán, como yo, el agua fresca de su lujuria. Que el Amor la proteja y no la mustie prematuramente.

Ruiz, en mangas de camisa, lee aventuras de no sé qué famoso *detective*. Gárate tiene á dos hijos suyos con sarampión. Piñeiro falta muchos días porque ¡está tan fresca ahora la Bombilla por las noches!... Y Ledesma se ha marchado á San Sebastián, aunque Ruiz asegura que está en Carabanchel Alto, con cierta amiga suya, esposa de un viajante de comercio.

Yo escribo cartas interminables á Consuelo, á mano. La máquina—aunque voy manejándola un poco—no me parece muy propicia para extender epístolas líricamente incoherentes. Poderoso aliado de la grafología es el amor. Y con tipos impresos, líneas simétricas y tinta violeta creo yo que mis confidencias de novio exhalarían cierto tufillo de comerciante catalán ó de diputado que pide carreteras para su distrito.

El tiempo transcurre con virgiliano reposo. Muchas tardes—ahora el secretario del director general falta con frecuencia—mandamos á Martinez, el ordenanza, que nos traiga patatas fritas y cerveza fresca, pagadas á escote entre todos. Solamente Ruiz, el andaluz, protesta, jurando y perjurando que vendría mucho mejor uno de esos homicidas gazpachos de su tierra.

El martes último—¡martes había de ser!—advertí ciertos gestos impenetrables en mis compañeros; idas y venidas presurosas por los pasillos; repiquetear de timbres y cuchicheos misteriosos detrás de las puertas.

—¿Qué ocurre?—pregunté á Gárate, que es el más infeliz de secretaria.

Gárate no supo, al pronto, qué contestarme. Noté su azoramiento, presintiendo una noticia «color de telegrama», es decir, sombría é insólita.

—Dígame, dígame, Gárate. Algo gordo debe de ser.

Y como el palentino callase aún, añadí:

—¿Es que... es que hay crisis?

El pobre hombre afirmó bajando la cabeza.

—Eso dicen, que yo no lo sé á punto fijo. Ruiz debe de estar más enterado.

Corrí en busca del andaluz. Ruiz también me habló evasivamente.

—No sé na... Disen que sí... que se van el ministro y el director... Gárate, que tie mucha amistad con el secretario, podrá informarle. Yo voy por los negocios á ver qué se dise.

Pero Gárate no se sabe dónde se había metido. Le busqué afanoso, angustiado, pensando en el

sastre, en La Graña, en Consuelo y en la patrona...

Por la tarde, todos lo sabían ya de un modo cierto. Habíase producido la tantas veces crisis parcial, y el ministro dimitía con mi protector, íntimo suyo. Tuve ocasión de oírsele al secretario particular del director, el simpático López Hoyos.

—Todos estamos de pésame, amigo Romero. Yo lo siento por usted; aunque se le recomendará, como merece, al nuevo director.

—Pero... esta crisis...—tartamudeó.

—Pues ya ve usted. Cosas de los chicos de la Prensa.

Y sonrió discretamente, sin sujetarse los lentos, como otras veces...

Acaba de tomar posesión el nuevo director general. Han sido dos días de vértigos y de zozobras. Hemos empaquetado cartas, roto carpetas, recogido papeles... Yo me he despedido de mi mesa y de mis compañeros.

Porque ya no pertenezco á secretaria. El nuevo director trae muchos compromisos, los fondos están muy mermados... Nada, que me han plantado en la calle.

Ha pasado la primavera amorosa, la primavera política y la primavera económica. Soy un insolvente, un misero, un cualquiera. Pronto mis botas y mis trajes se harán viejos; pronto mi patrona me servirá media ración refunfuñando; mañana mismo no sabré á dónde ir en este Madrid que arde, que aísla y que se va quedando desierto...

¿Y mi Consuelito?

Ya no podré verla, como no surja otra crisis y vuelva mi padrino á ocupar un cargo de importancia. Pero las Cortes no se abrirán hasta Octubre... Los veranos son largos y horribles; siempre les tuve un odio mortal... En verano, la vida madrileña se estanca; todos, desde el rey, piloteando sus balandros, hasta el último tendero, proyectando su viaje en botijo á Alicante, huyen de esta capital abrasada y desierta, que tan pocos encantos brinda...

La política me dió la vida—digo, parodiando á Job—y ella me la quita. ¡Fugaz primavera deliciosa!... Los árboles se secan y mi corazón se agosta.

Esta tarde he salido, por última vez, del ministerio. ¿Cuándo volveré á él?... Bajo el cielo azul, el sol caía sobre los encabritados Pegasos, poniendo, junto al plumaje de sus alas, hondos brochazos de sombra. Les miré irónicamente. Como ellos quedaba mi vida; toda blanca, toda firme, toda alas, iniciando un salto salvaje y libertador que no acababa de dar...

Primavera de 1911.

23 Marzo.

Ayuntamiento de Madrid  
E. Ruiz Ángel



## PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito  
seguro en el reuma-  
tismo articular agudo  
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo  
dentifricio y el más  
económico

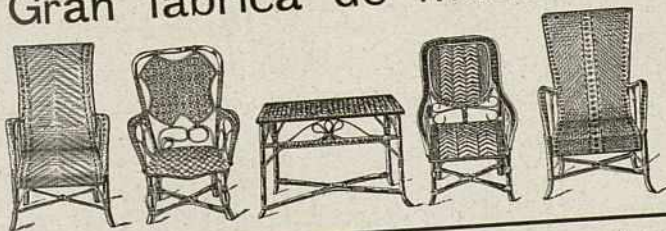


Sustituye en bondad  
y es más económico  
que todas las aguas  
minerales usadas  
para las enfermeda-  
des del estómago

Cajas de pastillas  
comprimadas de bi-  
carbonato de sosa á  
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas  
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

### Gran fábrica de muebles de junco esmaltado



DE MARIANO V. GARCÍA  
CALLE DE VERGARA, NÚMERO 1  
(frente al Real) MADRID

### PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancu-  
ra y firmeza, á la de incandescencia, por gasolina,  
de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43,  
Madrid.

Es inexplosiva. No produce humo ni olor.



## GARRIDO

GRABADOR

Calle del Desengaño, 9

Casa acreditada y la más económica para  
sellos de caucho, bronce y chapas anuncia-  
doras.

Letras y cifras de plata y timbres.

HERALDICA



Peluquería  
de señoras

### La coiffure de París

Postizos París in-  
visibles. - Ondu-  
lación natural.  
Peinados alta  
fantasía. - Bisoños  
París, creación  
::: de la casa :::

CORREDERA BAJA, 19  
::: junto á Lara :::

### Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUN-  
TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12:: Precio fijo



# O J E N



El summum en higiene y exquisitez de los anisados. El crédito mundial de que goza :: esta marca lo comprueba ::

ÚNICA LEGÍTIMA

¡81 años de existencia lo atestiguan

Ginebra especial LA FAMA, la mejor y más fina por sus componentes y la única en España destilada. COGNAC, RON, ANISADOS SECOS Y VINOS FINOS. Se garantiza calidad y pureza

Hijo de Pedro Morales

Llano del Mariscal, 6

**M A L A G A**

Esta importantísima casa ha obtenido en la actual Exposición de Buenos Aires el **Gran premio de honor**, la más alta distinción por sus productos y principalmente por el **O J E N**

Se venden en ultramarinos, almacenes de coloniales, cafés, confiterías, etc., etc.